

Fe en la Resurrección: San Pedro

JUANA MARÍA BARANGUÁN *

“**P**or aquí pasarían los primerísimos cristianos, en el siglo I con los restos mortales del primer Papa, buscando un lugar donde enterrarlo después del martirio que padeció aquí al lado, en el Circo de Calígula y Nerón... por aquí”. Con este estremecimiento (el primero, luego vendrán otros momentos de gran intensidad) se comienza la visita a la Necrópolis romana con mausoleos de los tres primeros siglos, que se hallan a más de 10 m de profundidad, debajo de la Basílica de San Pedro en el Vaticano.

Enseguida vienen las sorpresas; por ejemplo, el hecho de que el cementerio en que fue enterrado el primer Papa era un cementerio pagano, una muestra elocuente del culto de los romanos a los muertos que, ya lo sabemos, era fortísimo. “Cuando aparezca algún signo cristiano, lo advertiremos”, dice la guía a los visitantes; es decir, cuando se vea escrito en algún sarcófago “Depositus” o

“D.p.”, podemos asegurar que el difunto tenía fe en la resurrección, sabía que la muerte es sólo un intermedio, un “depósito” que después se recuperará; porque, en cambio, el romano pagano encomendaba a sus seres queridos a los dioses Manes:

“Di(is) m(anibus (is) (sacrum) s(acrum)
Marciae Felicitati Marcia Urbica Sorori carissime”

O también:

“Di(is) M(anibus)
T(ito) Aelio Aug(usti) Tyranno
Qui fuit a comm(entaris) Provinciae Belgicae
Coniugi dulcissimo Aelia Andria uxor et Aelius Valerianus socer
Et Restitutus fecit collib(erto)”.

Otro signo cristiano es el de considerar la muerte una “dormición” (nuestra palabra “cementerio” es la palabra griega “dormitorio”, del verbo koimano “descansar”).

Por ejemplo:

“Anima dulcis Gorgonia
Mire ispecie et castitate”

“Eius aemiliae Gogoniae quae vixit ann. XXVIII. Mens. II. Dies XXVIII
Dormit in pace
Coniugi dulcissime
Feci”.

Otra sorpresa es el encuentro con elementos todos originales, pero de origen de distintas épocas: de los mausoleos o capillas funerarias, sarcófagos, ánforas, decoraciones e inscripciones de los tres primeros siglos romanos; del comienzo del siglo IV, cuando el Emperador Constantino construye una primera basílica centrada en la tumba de San Pedro y fija los cimientos en el nivel romano de la necrópolis; de los fundamentos del siglo XV al colocar las bases de la segunda basílica en el mismo nivel romano de los tres primeros siglos; y, finalmente, del siglo XX al llevar a cabo lo que llamamos las “Excavaciones”, es decir, la ingente y delicada labor (concluida en 1958) de quitar la tierra y la arena depositada por los arquitectos de Constantino dentro de los mausoleos antes de construir la basílica sobre dichos mausoleos.

Viene la tentación de pensar en las catacumbas, pero no nos hallamos en las profundidades romanas, sino en el nivel de la ciudad de los siglos primeros ubicada al aire libre, claro está; además, nos movemos en ambientes de los tres primeros siglos mientras que las catacumbas se inician a finales del siglo II. Olvidemos los dos niveles, las dos basílicas que descansan sobre la calle central de este cementerio, calle y mausoleos que serpentean después por debajo de la vía de la Conciliación hasta la tumba del emperador Adriano (o “castel Sant’Angelo”).

El mundo de este cementerio es un mundo plural. El dios Horus preside el mausoleo del Egipcio; en otro mausoleo, un espléndido mosaico en el suelo representa el rapto de Proserpina y en una de las

paredes aparece un delicadísimo pavo real (símbolo de inmortalidad) con rosas, mientras en otro muro se ve una escena de pajarillos que para el pagano pueden representar la vida del hombre en el paraíso; la lápida de Flavius Istatilius Olympius informa:

“Vixit annos XXXV et mensis decem dies XVII
Fratri benemerenti fecit. Cum omnes iocatus est nunquam rixatus est”.

Cuando tras este recorrido pagano nos acercamos a la tumba del primer Papa, podemos contemplar un mausoleo construido en el siglo segundo, pero ornamentado de nuevo todo él cristiano en el tercero para un nuevo ocupante, el niño Julius Tarpeianus que vivió un año, nueve meses y veinticinco días. En la bóveda, un mosaico de fuerza extraordinaria nos muestra a Cristo Sol conduciendo una cuádriga y en las paredes los símbolos del Buen Pastor, el episodio de Jonás y la figura de un pescador.

Antes de llegar al punto más cercano a la tumba del primer Pontífice, se pasa por el mausoleo que Trebellena dedica a su madre, en el que se halla la lápida que reza “Oleare ex provinciae Baeticae item vini” con el nombre de sus padres y después “parentibus fecit”.

¿Y la tumba de San Pedro? En una maqueta confeccionada al final de las Excavaciones en 1958, se puede ver el lugar de la pobre y sencilla tumba de San Pedro del siglo I (seis tejas “bipedales” apoyadas en el suelo y formando un tejadillo a dos aguas cubriendo el cuerpo), sobre la que aparece un “trofeo” del siglo II, pequeño monumento habitual en estos enterramientos (un trofeo de victoria: el muerto ha triunfado, ha dejado las penas de este mundo), con un “muro rojo” que protege la tumba de los desprendimientos de tierras y está revestido de un barniz anti-humedad.

De las dos paredes añadidas en el siglo III a ambos lados del “Trofeo”, una está llena de inscripciones con invocaciones cristianas, es la “pared de los Grafitos”.

El paso monumental de los tres siglos primeros queda englobado en la “edícula” constantiniana, construcción de mármol (como un armario) que los arquitectos del siglo IV colocan en el centro de la basílica. Este afán por preservar la Tumba de Pedro y sus aledaños, se repite construyendo una edícula semejante, pero de granito, en la basílica del siglo XV.

A lo largo de los siglos, son varias las construcciones realizadas sobre la tumba de San Pedro. Por ejemplo, la del Papa Gregorio Magno a comienzos del siglo VI. Este Pontífice coloca un altar fijo sobre la “edícula” constantiniana, lo rodea de 6 bellísimas columnas de mármol, detrás de la edícula constantiniana sitúa el altar “ad caput Petri” (de gran veneración todavía hoy), aumenta el número de las columnas del siglo IV y las cambia de lugar, instala un presbiterio “sopraelevato”, etc.

Hoy en día, con intensa emoción (“es increíble” murmuran los visitantes), se puede seguir el trayecto que comienza abajo, a once metros de profundidad, en la tumba del primer Pontífice, y pasando por las edificaciones de los siglos, llega al punto desde donde el Papa actual desarrolla la homilía de la Eucaristía que celebra bajo el baldaquino de Bernini, y prosigue hasta el centro de la cúpula de Miguel Ángel; una línea recta que asciende desde la tumba hasta la mayor altura, el centro de la cúpula que Miguel Ángel aceptó hacerla con la condición “de no ser pagado... quería realizar el trabajo sin más aliciente que la gloria de Dios y el honor de San Pedro”.

Al mencionar el muro de los Grafitos no se ha indicado que en él se guardan 19 cajitas con huesecillos encontrados en dicho muro, que forman la mitad de un esqueleto de hombre. Los hallaron al principio de los años sesenta junto con hilos de oro, de púrpura, de seda; algunos envueltos en tierra del lugar de la tumba. En un primer momento, el equipo especializado que trabajaba este tema aceptó unánimemente que podían ser los restos de San Pedro. El mismo Pablo VI, en una Audiencia General, de palabra, no en un documento escrito, se mostró convencido, si bien al comunicarlo añadió que sobre la cuestión de las reliquias se podrían seguir debates. Dijo: “Del mismo modo que Pío XII nos comunicó en 1950 que se había llegado hasta el lugar de la Tumba, yo os informo que hemos hallado las reliquias, si bien sobre este punto habrá todavía debates...”.

Sobre el lugar de la Tumba, se mantiene la unanimidad. Respecto de las reliquias, se espera en estudios posteriores para retomar la unanimidad científica de los años 60.

Cuando al final de la visita se llega al lado de la Tumba, a unos tres metros, brota la acción de gracias al sentirse un eslabón más de la cadena de veneración y oración de los cristianos de tantos siglos y hay necesidad de un momento de silencio para dejarse penetrar por esta vivencia extraordinaria. En este silencio penetrante se finaliza la visita.